

## VII Jornadas de Sociología de la UNLP

**"Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales"**

**La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012**

1. Título de la ponencia: **Elites políticas y profesionales de la política: reflexiones sobre el abordaje sociológico de "los que mandan"**.
2. Autores: Victoria Francisetti, Hernan Lamela, Noelia Noya Iglesias
3. Pertenencia Institucional: IIGG
4. Correo electrónico: vfrancisetti@gmail.com, [karniza@hotmail.com](mailto:karniza@hotmail.com), noelianoya\_@hotmail.com
5. Mesa 17: Partidos y sistemas de partidos. Los partidos políticos, el sistema político y la sociedad en la Argentina contemporánea.

Coordinadores: Fernanda Torres, Matías Iucci, Luciana Sotelo

### **Presentación**

En las páginas que siguen presentaremos algunas reflexiones surgidas de una investigación en curso, llevada a cabo en el marco del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG), de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (FSOC/UBA) bajo el título "Elites de gobierno en la Ciudad de Buenos Aires", financiada dentro de la programación científica UBACyT 2012-2015. En esta ponencia pretendemos realizar una contribución al estado del arte en relación a los trabajos y concepciones que reflexionan sobre los conceptos de "elites políticas" y "profesionales de la política" que permita un acercamiento a la forma de abordaje de este colectivo político particular.

Desde el retorno de la democracia la ciudad ha sido objeto de transformaciones de gran envergadura. Partiendo de la hipótesis de que éstas dieron como resultado una mutación en las características del campo político actual y sus agentes, creemos necesario retomar la reflexión teórica respecto a la forma de abordar el elenco político dirigente. Si bien la investigación académica sobre las elites de gobierno es una temática clásica de la sociología, el análisis de este

colectivo no pierde vigencia ni pertinencia teórica. Son múltiples las indagaciones que habilita la temática. Sin ser exhaustivos permite indagar en torno a los procesos por los cuales se accede al campo político (los mecanismos, redes y estrategias desplegadas); los lugares de origen, los espacios de formación y su relación con asociaciones y organizaciones, entre otras particularidades, que se conforman o no como capitales posibles que pueden ser invertidos a la hora de desplegarse en el campo; la relativa homogeneidad o heterogeneidad de dicho grupo, etc.

Aspiramos a realizar una reseña mapeo de los estudios sobre elites y profesionales de la política partiendo de las teorizaciones precursoras de Pareto, Michels y Mosca respecto al concepto de “elites”, para continuar con aquellos autores que complejizaron el debate tomando el concepto de “profesionales de la política”. Este recorrido, aunque fragmentario e inacabado, permite dar cuenta del grado de pertinencia o inadecuación de ciertos conceptos para abordar el análisis de este colectivo particular en la actualidad.

Nos parece significativo mencionar que por centrarnos en los conceptos de elites políticas y profesionales de la política, el juego político no se da por cerrado. Entendemos la política como un entramado mucho más complejo que un grupo específico de personas que ocupan altas posiciones jerárquicas de gobierno. Movimientos sociales, sindicatos, cámaras empresarias y otras organizaciones se escapan a este recorrido por los conceptos y no por ello son menos influyentes en la realidad política. Centrarnos en este colectivo particular es parte de una decisión teórica y metodológica de llevar a cabo un estudio “desde arriba”. Por otro lado, pero de forma complementaria, no somos ajenos a la necesaria y real conexión que se produce entre el poder económico y el político. Nuestro objetivo es reflexionar sobre aquel grupo selecto que tiene la capacidad de tomar decisiones que influyen al resto de la sociedad a fin de desnaturalizar los mecanismos de reclutamiento y carreras políticas de los elencos políticos actuales.

La exposición se dividirá en dos apartados. En el primero, realizaremos un recorrido por las posturas de diversos autores frente al concepto de *elites políticas*, partiendo de las teorías clásicas y las problematizaciones que siguieron a dicha perspectiva, buscando dar cuenta de las diversas particularidades que observan los autores para hacer referencia al conjunto de individuos que ocupan las “más altas posiciones institucionalizadas” del ámbito gubernamental (De Imaz, 1969). En el segundo apartado, realizaremos una descripción en torno al concepto de profesionales de la política buscando dar cuenta de los cambios ocurridos en el campo político y

la necesidad de abordar dicha complejización a partir de la articulación de los diferentes conceptos, lo que implica un abordaje desde diferentes enfoques o perspectivas, que resulten complementarios. Por último, cerraremos la exposición con una conclusión que nos permita reflexionar sobre la relación entre los conceptos expuestos, teniendo en cuenta que están siendo pensados desde la perspectiva particular del campo político de la Ciudad de Buenos Aires, lo que constituye el objeto de estudio del grupo de investigación que integramos.

### **Elites políticas: pasado y actualidad del concepto clásico para estudiar a “*los que mandan*”.**

La teoría de las elites políticas, como toda teoría política, es producto de un proceso de crisis y cambio. Surge de la necesidad apremiante de dar respuesta a fenómenos nuevos y obliga a bucear en la tradición teórica buscando claves que hagan inteligible el presente.

El concepto de “elites políticas” se inserta en el más general de “elite”. Dicho concepto implica una sociedad basada en un orden jerárquico relativamente estable, haciendo referencia a aquellos grupos que se insertan en la parte superior de la pirámide social. La idea misma de pirámide, permite observar que un rasgo central de toda elite es la de ser una minoría que tiene acceso a la toma de las decisiones trascendentales de las diferentes esferas sociales. Por lo tanto, es un concepto fundado en una lógica dicotómica donde existe una diferenciación tajante entre los grupos de elites que detentan la toma de decisiones, siendo los que mandan o gobiernan y el resto de la sociedad que deben responder a ese mandato. En contraposición a las elites, están las masas caracterizadas como inorgánicas, irracionales, pasionales y atomizadas, incapaces de tomar decisiones por su cuenta.

En la definición clásica de este concepto se puede observar una concepción aristocrática (“los mejores”) que plantea una visión “darwinista” respecto a los individuos que pertenecen a determinada elite. En otras palabras, las elites como vanguardias iluminadas con saberes que las vuelven superiores para gobernar. A estas características, cabe agregar un cierto determinismo mecanicista donde el poder siempre es delegado en minorías gobernantes, consideradas como superiores que tienden a autorreproducirse a lo largo de la historia, en lo que Michels denominó “la ley de hierro de las oligarquías”. Este concepto conlleva, además, la suposición de una reproducción relativamente estable de los grupos dirigentes. El concepto de elite política refiere,

entonces, a aquel grupo de individuos que dirigen la esfera política, que son los encargados de tomar decisiones en dicha esfera.

Partiendo de esta idea de elites, Yanuzzi toma las conceptualizaciones teóricas de Pareto, Mosca y Michels, las cuales forman parte del debate en torno a las profundas transformaciones que se fueron gestando a fin del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Estas fueron décadas en las cuales el pensamiento democrático se iba imponiendo masivamente en la sociedad, donde se observaba el paso de una sociedad de notables a una sociedad de masas. Estos autores sostenían, con sus diferencias, que este paso a una sociedad de masas y a la representación de la voluntad popular y el interés general, implicaba como mayor riesgo, la emergencia de las condiciones de posibilidad para el desarrollo de un gobierno con un nivel de despotismo incalculable.

Los autores debatían por un lado contra el supuesto carácter racional del comportamiento político, planteado por el iluminismo y el racionalismo y fundamentalmente contra la idea del gobierno democrático, al que veían como una utopía irrealizable, un mito al que combatían por esconder lo que ellos consideraban como premisa básica en todo ordenamiento humano: siempre hay una minoría que asume la responsabilidad de la dirección, de la conducción de un grupo. Sostienen que siempre hay una minoría organizada que ejerce el poder sobre una masa que nunca gobierna y el ideal democrático sería la forma de enmascarar y legitimar a la nueva minoría en el poder.

La democracia, desde esta perspectiva, no sería un proceso de ampliación del poder hacia las masas, sino más bien una lucha entre minorías. Para esta lucha, dichas minorías además de dotarse de organización, deben necesariamente estar dotadas de ciertas cualidades socialmente reconocidas, que las distinguan y legitimen en tanto minoría gobernante, superior en relación a los gobernados. Sin embargo, no se trata tanto de que los miembros de la clase gobernante tengan efectivamente dichas cualidades sino más bien de que los gobernados creen que los miembros de dicha clase gobernante posean esas cualidades aceptadas como superiores. “Como contrapartida, en toda elite debe existir un autoconvencimiento de que su propuesta es correcta y es la mejor” (Yanuzzi, 1993:18). Ese autoconvencimiento es el que brinda la fuerza necesaria para que una elite determinada aspire al poder. Michels sostiene que toda elite pretende llegar al poder para poner en práctica una propuesta mejor y más elevada que la existente. De esta manera, en esta

etapa se percibe al poder como un medio y no como un fin en sí mismo, situación que se invertirá una vez en el poder.

Si bien los tres autores combaten el mito de la democracia y sostienen que encubre precisamente a esa minoría considerada portadora de cualidades superiores por los gobernados, presentan diferencias en torno a la caracterización de dicha minoría gobernante. Aunque los tres autores dotaban a sus conceptos del mismo contenido: una minoría considerada por los gobernados como los “mejores”, Pareto las describe con el nombre de “elites”, mientras que Mosca se refiere a dicha minoría como “clase política” y Michels las denomina “oligarquías”. Mientras que la conceptualización de Mosca es eminentemente política y sumamente acotada al universo político, las de Pareto y Michels son más abarcativas y en el caso de la “elite” de Pareto es fundamentalmente sociológica, ya que existen diferentes elites en relación a diferentes ámbitos.

Mosca menciona que las cualidades de la clase política han sido básicamente las mismas a lo largo de la historia (riqueza, merito personal y saberes, entre otras) aunque no siempre se combinan de la misma manera y en idénticas proporciones, pero tampoco son cualidades inmutables, como el linaje o la biología, lo que permite que las elites sean dinámicas. Esto es sumamente importante ya que se han percibido a dichas cualidades como innatas desconociendo los procesos de socialización y conformación de dichas elites. Este contraste se observa respecto a Pareto, quien sostiene que “guste o no guste a ciertos teóricos, es un hecho que la sociedad humana no es homogénea, que los hombres son distintos física, moral e intelectualmente” (Pareto, 1980: 63), en cuanto una distinción producto de la naturaleza y no de la sociedad.

Retomando la idea de elite, es clave pensar no solo su composición y estructura, sino también abordar su aspecto dinámico, es decir no solo la conformación y producción sino asimismo su reproducción, lo que se plantea en términos de “circularidad de las elites”. Los autores plantean que la lucha por la ampliación democrática es una lucha inter-elites, por lo tanto, toda elite con pretensión de poder, recurre al ideario democrático para lograr el apoyo de las masas, buscando derrotar a la elite gobernante existente y mantenerse en el poder, “ampliando” su vida.

Desde esta perspectiva, Mosca sostiene que estas elites gubernamentales (clase política) tienen un ciclo vital, como un organismo vivo. Esto se complementa con la visión de Pareto

según la cual, si una elite se mantiene en el poder, es porque los gobernados creen que sigue teniendo las cualidades necesarias para gobernar. La teoría que plantean respecto a la circularidad de las elites, retoma la idea de Mosca de que la elite gobernante cumple un ciclo vital. Para los autores, necesariamente en algún momento, las cualidades que los gobernados veían en dicha elite, se pierden o comienzan a ser cuestionadas y por más astucia que tenga la elite gobernante para mantenerse en el poder, a lo sumo, retardará la caída (lo que puede implicar que se vea “trabada” la circularidad histórica lo que puede llegar a resolverse mediante un proceso revolucionario).

Michels agrega que precisamente el ascenso de nuevos líderes cuestiona al menos potencialmente la estabilidad de los ya arribados. Pero considera que nunca se da una renovación total de una Elite por otra. En esto se diferencia claramente de Pareto, al plantear que la renovación no la hacen derrocando y remplazando totalmente a la elite existente por otra nueva. “No solamente no se da la renovación total de la clase dominante sino que, incluso, tampoco podemos decir que los miembros de la vieja elite sean renovados parcialmente. Los nuevos dirigentes se incorporan a la vieja elite ampliando sus posibilidades de poder. Lo más probable es que se modifiquen las posiciones relativas pero en general no se puede decir que queden excluidos de la función de mando. Se produce en realidad una ampliación que en última instancia no modifica en sustancia a la clase gobernante” (Yanuzzi, 1993:102). Michels agrega que este proceso de cooptación cumple una función primordial: anular la conformación de toda posible oposición eficaz, evitando parcialmente la circulación de ideas novedosas en la sociedad. De esta manera, los miembros de la elite en el poder se encuentran en mejores condiciones para conservarlo.

Es interesante destacar que la categoría “elite política” tiene variaciones según el contexto sociohistórico en el que dicha elite se desarrolla. Es por esto, que no podemos tomar el concepto de forma mecánica ni como algo “a priori” sino que debemos atenernos precisamente al contexto histórico social en el cual dichos procesos de conformación y reproducción de elites se desarrollan. No solo incide en esto el proceso de ampliación democrática sino también las propias particularidades de la sociedad en la que se insertan las elites estudiadas. Como planteó a comienzos de los años '60 Suzanne Keller, hay diferencias sustanciales entre lo que la autora define como “elites esenciales” y “elites fragmentarias”, siendo las primeras las que reclaman o tienen asignadas funciones y el poder de decisión sobre el conjunto de la sociedad en

contraposición a las elites fragmentarias que desempeñan su principal función en subsectores de la sociedad (Uriarte, 1997: 262). La idea de función cobra relevancia en relación al plano o nivel en que una elite la desempeña, en determinado marco sociohistórico.

En este sentido, resulta pertinente resaltar el aporte de Jose Luis de Imaz, en su ya clásica obra “Los que mandan”, donde sostiene que si bien no se puede negar la existencia de una “elite funcional”, no se puede hablar de una “elite real” en Argentina. Con “elite real” el autor hace referencia a un grupo de individuos que concertadamente conduzca a la comunidad, la dirija para obtener determinados fines y comparta ciertos rasgos normativos (De Imaz, 1977:247). La existencia de una pluralidad de individuos que dispongan de las decisiones de gobierno es condición necesaria pero no suficiente para que el mismo se conforme como elite dirigente, en términos reales. Tampoco un origen económico y sociocultural compartido definen su condición como tal, sino que es, “el acuerdo tácito o explicito, en torno a objetivos más o menos similares” (De Imaz, 1977:247).

El aporte de De Imaz es sumamente relevante por dos motivos. Por un lado, porque si bien realiza un estudio recurriendo al concepto de elite, lo reformula desde la especificidad de la sociedad argentina en un determinado contexto histórico; y por otro lado, porque destaca la posibilidad de la existencia de elites funcionales sin que lleguen a constituirse como una elite real, lo que implica una superación respecto al concepto clásico de elites y nos permite ir intuyendo precisamente algunas particularidades de la sociedad argentina. El propio De Imaz concluía que “no puede hablarse de una elite dirigente en Argentina”, aunque haya “una pluralidad de individuos que manden” (De Imaz, 1977:236).

Estas concepciones de elites esenciales/fragmentarias y elites reales/funcionales no solo enriquecen la concepción clásica, sino que además plantean un debate respecto a la singularidad o pluralidad de minorías gobernantes o de “los mejores que mandan” en el seno de una sociedad, atravesada por una creciente ampliación de la democracia representativa. Si bien no difieren de la definición clásica respecto a una sociedad estratificada jerárquicamente, donde dichas minorías cumplen un papel determinante en la toma de decisiones, resaltan las diferencias que pueden existir en torno a la composición y la estructura de dichas elites.

Tanto Keller, como De Imaz, parten del supuesto (retomando la idea de los teóricos clásicos) que sostiene la existencia de diferentes elites que coexisten o compiten entre sí. A

diferencia de esta idea de pluralidad de elites, Wright Mills menciona que hay una sola elite en el poder que es poderosa y cohesionada, aunque no niega la existencia de otras claramente subordinadas a la primera. W. Mills define a dicha elite en el poder como “una minoría que detenta el poder de los círculos políticos, económicos y militares que, como un conjunto intrincado de camarillas que se trasladan e imbrican, toman parte de las decisiones que por lo menos tienen consecuencias nacionales. En la medida en que se deciden los acontecimientos nacionales, la elite del poder está constituida por quienes lo deciden" (Mills, 1989:25). Esta elite en el poder estaría compuesta por una elite económica, política y militar, mientras que la elite cultural o intelectual aparecería en un plano claramente secundario y subordinado a ese núcleo duro conformado por la elite en el poder.

Wright Mills también parte de una definición de elite como una minoría de individuos que ocupan posición de poder decisorio en instituciones claves de la estructura social (Wright Mills, 1989: 336). Sobre la base de esas posiciones estructurales se establecen oportunidades e intereses, así como estilos de vida, educación y tipos de personalidad que van conformando la unidad psicológica y social de los altos círculos. Estas cuestiones refieren más a los círculos de poder y las formas de reclutamiento que al origen de los miembros de la elite. De cualquier modo, si bien se establecen un conjunto de afinidades psicológicas y sociales no supone una conciencia y homogeneidad a priori respecto a sus intereses. Por lo tanto, como sostiene Wright Mills, hay que investigar en cada contexto histórico los vínculos entre los tipos de estructura de las elites y los papeles que cumplen dichas minorías. (Wright Mills, 1989: 30)

A esta postura se le contraponen, la perspectiva de autores como Schumpeter o Dahl, los cuales retoman la relación entre democracia y elites dirigentes, sosteniendo que los regímenes democráticos tienen (por su propia condición) un método de selección que asegura el carácter más abierto y pluralista de las elites gobernantes, lo que pondrá en tensión al concepto mismo de elites.

En este sentido, este desarrollo democrático, tendrá una incidencia decisiva para entender porque el concepto de elite, pierde parte de su “capacidad explicativa” requiriéndose de otros conceptos que lo complementen dando cuenta de los cambios y la complejidad que se fueron desplegando en un campo político atravesado por una creciente democratización y profesionalización política



## **La sociedad de masas y el camino a la profesionalización del campo político: ¿cambios en sus actores y en el quehacer político?**

Este desarrollo, sumamente pertinente para reflexionar sobre los colectivos políticos que ejercen las decisiones de gobierno, no incluye un aspecto fundamental y central de los Estados modernos del siglo XX: el proceso de profesionalización del ámbito político. El desarrollo de la división social del trabajo ha desembocado en una especialización y complejización de las tareas de las cuales el espacio político no ha sido ajeno. De esta forma, la actividad política se ve afectada e incluida dentro de la generalidad de las prácticas profesionales.

La transición de la sociedad de notables a la sociedad de masas, el desarrollo de los regímenes democráticos y ampliación de la participación electoral repercutieron profundamente en las formas de organización y comportamiento políticos. Como plantea Miguel Serna (2005:10) “el acceso a puestos políticos y electorales de individuos desprovistos de capital social y económico produjo una conversión de la actividad pública en carreras políticas largas, estables y previsibles, construidas dentro y con base en estructuras partidarias organizadas para proveer los recursos materiales y la reputación colectiva.” Se puede observar como estos cambios pusieron en tensión la pertinencia explicativa del concepto de elites, lo que llevo a indagar en nuevas conceptualizaciones que se adecuen a dichos cambios o que complementen al concepto de elites.

Max Weber, en completa consonancia con su análisis del desarrollo de la burocracia como aspecto central de los Estados modernos, realiza un aporte clave para pensar los grupos dirigentes políticos. En su enfoque, sostiene que hay diferentes maneras de involucrarse políticamente. Una de las formas es como político ocasional. En este sentido, Weber, considera a todos ciudadanos típicos de las democracias liberales políticos ocasionales en cuanto participan en política a través del voto, de charlas políticas o a partir de la aceptación o rechazo a una determinada medida política.

Otro tipo de participación política, la que nos compete en esta ponencia, es la participación profesional, a la cual subdivide en profesión secundaria o profesión principal del participante. Esta división tiene por base la idea de Weber de que hay dos formas de hacer de la política una profesión: o se vive “de” la política o se vive “para” la política, sin que esto implique una oposición excluyente. Estas dos formas se reducen a una división de tipo económico. Vive de

la política como profesión quien trata de hacer de ella una fuente duradera de ingresos; vive para la política quien no se halla en este caso.

Entendiendo a la actividad o participación política como “el esfuerzo por compartir el poder o por influir en su distribución, ya sea entre los Estados, o en el interior del Estado” (Weber, 2007:58), se observa que la definición que aporta el autor, incluye a la ambición de poder como intrínseca al profesional de la política. "Quien actúa en política se esfuerza por obtener el poder; bien como medio para servir a otros fines, ideales o egoístas, o como <poder por el poder mismo>, es decir para gozar del sentimiento de prestigio que confiere" (Weber, 2007:59). Al ser política y poder conceptos necesariamente inseparables en sus acepciones referentes al campo político, la noción de profesional político tampoco puede eludir la búsqueda de poder.

El desarrollo de los profesionales de la política ha llevado a la evolución del funcionariado moderno que como menciona Weber, se va convirtiendo en un conjunto de trabajadores intelectuales altamente especializados mediante una larga preparación. Sin este funcionariado caería sobre los ciudadanos el riesgo de una terrible corrupción y una incompetencia generalizada, e incluso se verían amenazadas las realizaciones técnicas del aparato estatal, las cuales son claves para el desarrollo del capital. Específicamente, se trata del surgimiento y crecimiento de la figura del político profesional en paralelo a la merma de los políticos “notables” u “ocasionales”.

Michel Offerlé (2011) retoma el concepto weberiano de “profesionales de la política” para señalar la relación existente entre profesiones y profesiones políticas. A fin de observar qué profesiones resultan lugares de reclutamiento para la profesión política, pero también en el sentido de analizar la relación que existe entre las profesiones políticas y los oficios de la política (asesores, periodistas, editores de libros políticos, etc.).

La división del trabajo político y su consecuente profesionalización forman parte de la distancia entre aquellos que hacen de la política su estilo de vida y aquellos que no. El grado con el cual se puede medir la profesionalización política tiene que ver con el análisis de las características de las elites y de la calidad de la competencia entendida como lucha política.

Offerlé (2011) recurre al concepto de “campo político” de Bourdieu y lo define como un espacio relativamente autónomo de competencia entre agentes que, bajo el arbitraje de electores

cada vez más numerosos, luchan pacíficamente por el dominio de posiciones de poder político que están en la base de la competencia. En el campo político se lucha por el capital político que es lo que indica la eficiencia de un agente o de un grupo de agentes en una coyuntura y una configuración determinadas. Allí juegan poderosamente variables como la edad de entrada en política y la duración de la adhesión militante tanto en partidos, organizaciones sindicales, ONGs, entre otras. Al analizar a los políticos y sus trayectorias, se vuelve fundamental recurrir a la categoría de agentes especializados y profesionalizados en la conquista y el ejercicio de un tipo particular de poder: el poder político. Entendiendo que “los profesionales de la política” se enmarcan en una lucha por visiones del mundo entre agentes dotados de propiedades diversas para determinar quién tiene la legitimidad para ejercer el poder político. Los políticos se definen en el mismo campo que constituyen como tales.

Acudir al concepto de “campo político” de Pierre Bourdieu permite entender al mismo como un espacio dinámico, de juego de capitales, donde se mantiene la especificidad del campo pero privilegiando una mirada que observe el proceso de reclutamiento político en relación con los lugares ocupados por los agentes en otros campos. La reconversión transversal de los diversos tipos de capital (económico, cultural, político, social) permite entender al lugar adquirido en el campo político no escindido de la movilización, circulación y acumulación de distintos tipos de capital social. (Serna, 2005:13)

Más allá de estas diferencias, la dicotomía minoría – mayoría, a la cual previamente aludimos en relación al concepto de elite, permanece intacta. La profesionalización política abre una doble brecha. Por un lado, entre quienes detentan las decisiones de gobierno y los electores; por el otro, entre los políticos que han desarrollado una formación competente para su función como tales y los militantes partidarios sin formación profesional.

Por lo tanto, el concepto “profesional de la política” aún comparte con el concepto de “élite política” cierto sustrato en relación a que no deja de ser un grupo minoritario que se presenta como el más idóneo para tomar el lugar de representante de la mayoría; y que a su vez este último lo reconoce como el más competente, brindándole legitimidad. De esta forma, entendiendo que toda empresa de dominación (el partido político) requiere de personalidades que se pretendan portadoras del poder elegido, estas características podrían pensarse en términos de las cualidades socialmente reconocidas para ejercer el poder, lo cual nos permite entender el

camino hacia la profesionalización como un aspecto que modifica los criterios de constitución de elites, si nos atenemos al sentido más amplio de este término.

De esta manera, entendiendo a los políticos profesionales como una nueva elite gobernante, cobran significación como fuente de legitimación dos atributos fundamentales. En primer lugar, toma importancia la pertenencia al partido político y su identificación con los principios del mismo. El camino de profesionalización política discurre enlazado al declive de la dominación de los notables y en paralelo al surgimiento de las formas modernas de organización: los partidos políticos. El involucramiento dentro de la estructura partidaria se convierte en un “trampolín”, siendo los que viven *de y para* el partido los que se quedan con los principales cargos políticos cuando éste accede al poder (Landau, 2012b). En segundo lugar, la especialización y formación profesional en tareas de gestión que requieren de conocimientos específicos y técnicos. En oposición al compromiso ideológico que prima en el caso del profesional como parte de un partido político, esta veta del profesional se ve asociada a la neutralidad y a los principios de gestión y saberes expertos que lo hacen competente para el cargo que desempeña (Landau, 2012b).

Siguiendo a Matías Landau (2012b), esta esquematización nos permite identificar dos polos dentro de la creciente profesionalización de la esfera política. Por un lado, se encontrarían los “políticos profesionales”, en cuanto aquellos que cuya pertenencia político-partidaria establece el punto de apoyo sobre el cual se eleva su posibilidad de alcanzar un cargo que los constituya como políticos profesionales. Por el otro, los “profesionales políticos”, quienes alcanzan su posición dentro del campo político gracias a sus conocimientos técnicos y su pericia. Si bien en los casos concretos no se encuentran personificaciones de estos extremos, su conceptualización permite identificar tendencias que priman en una sociedad determinada.

Desde nuestra perspectiva, no consideramos el proceso de apertura que implica la profesionalización política como un signo de determinante democratización del juego político en el espacio de conformación de la elite gobernante. Pero si nos parece válido plantear que el cambio en la lógica política modifica la posibilidad de los distintos actores de operar legítimamente en el juego político en un momento histórico concreto. La posibilidad de formar parte del colectivo político sigue siendo un privilegio de minorías, pero las lógicas y reglas que lo determinan son cambiantes.

## **Hacia el estudio de los elencos gobernantes en la Ciudad de Buenos Aires**

El concepto de elites políticas responde a la cuestión respecto a que cualidades poseen sus miembros y como se estructuran, desarrollan y reproducen dichas elites, en cuanto minorías que ejercen la toma de decisiones políticas trascendentales en una sociedad determinada. Dichas sociedades fueron mutando, los campos políticos se fueron complejizando y esto resultó en una pérdida relativa de la capacidad explicativa del concepto de elites políticas. Las elites, como tales, se ven complejizadas por el ingreso al campo de nuevos sectores y actores que cambian la direccionalidad y los formatos de la competencia al interior del campo político. La Ciudad de Buenos Aires, como metrópoli, reúne un tipo especial de particularidades que sostenemos se relacionan con un avance de la profesionalización de la política. Estos nuevos sectores se incorporan al espacio político y esto conlleva a un reacomodamiento y a formas diferentes de distribuir las fuerzas en dicho campo. Estos nuevos actores, tienen características particulares que modifican los códigos al interior del juego político.

El debate que proliferó en torno a los conceptos de elite política y profesionales de la política nos permitió situarnos en un contexto histórico y pensar no solo la pertinencia explicativa de los conceptos, sino fundamentalmente, su aplicabilidad al contexto de la Ciudad de Buenos Aires. De esta forma, no descartamos el concepto de “elites políticas”, pero sostenemos que los cambios sumamente dinámicos y vertiginosos de las últimas décadas (el avance de la globalización, el capital financiero, la tecnología, etc) y con ello la complejización de los procesos de socialización han abierto nuevos modos en el quehacer político que requieren pensarse desde aristas diferentes y combinadas para comprenderlos y no perder su especificidad. Como expresa Matías Landau, “a diferencia de las sociedades de notables gobernadas por las elites, los círculos y ámbitos de sociabilidad educativa, laboral y profesional son tan amplios que no permiten, en muchos casos, que se sostenga un vínculo como el que se establecía antaño” (Landau; 2012: 14)

Consideramos que el concepto de “elites políticas”, permite dar cuenta de esa minoría que efectivamente aún tiene bajo su potestad la toma de decisiones políticas trascendentales y aproximarse a las formas de sociabilidad y de socialización del elenco político de la ciudad, como así mismo, establecer si es la homogeneidad o heterogeneidad lo que caracteriza al grupo político

en cuestión. Se ha destacado que los círculos y ámbitos de socialización que permiten acceder a los cargos se han democratizado relativamente, complejizando el análisis en términos de la composición social del elenco político. Es así que el concepto de elite pierde cierta capacidad explicativa por tener una condición fundamental de imposibilidad que lo torna inadecuado para abordar las transformaciones del campo actual. La misma consiste en que suprime la posibilidad de que haya filtraciones desde la masa hasta la elite dirigente. Esto no implica caer en el otro extremo, el cual parte del supuesto de que la apertura democrática ha significado una apertura irrestricta al juego político por parte de los profanos. Si bien no compartimos esta concepción elitista del hombre-masa, ni la rigidez inmanente al concepto de elites, es necesario tener presente que la apertura democrática no conlleva una democracia a secas. Es decir, es necesario caracterizar dicha democracia adjetivándola. En este sentido, una democracia de corte representativo no garantiza una igualdad relativa en el acceso a las posiciones de toma de decisiones políticas trascendentales sino sólo un mecanismo legitimado a partir del cual los ciudadanos “eligen” a sus representantes, lo que es lo mismo que decir las mayorías eligen a las minorías dirigentes.

De esta manera, consideramos que el concepto de elites políticas nos permite dar cuenta de una determinada estructura política, pero es sumamente estático para comprender la dinámica del campo político actual, ya que hace referencia a órdenes sociales duraderos, que conllevan campos políticos relativamente estables. Es por este motivo, que nos fuimos acercando al concepto de “profesionales de la política” ya que nos permite complementar el análisis y visibilizar la complejización del campo político y la inclusión en él, de nuevos elementos que modifican su morfología, lo que implica la irrupción de nuevos actores, situación que le otorga una dinámica que desde el concepto de elites sería imposible de abordar. Este concepto permite pensar en términos concretos las formas en las cuales los políticos “reconfiguran” su capital adquirido tanto en el ámbito académico como laboral, lo que los hace portadores de un saber experto, que tiene fuertes implicancias en la constitución y dinámica del campo político.

Esto es sumamente importante de destacar, ya que el grado de pertinencia explicativa tiene que ver con el objeto de estudio sobre el cual dicho concepto se aplique, es decir según las particularidades que operan en las distintas estructuraciones sociales. La elección de un determinado concepto, implica una decisión del investigador respecto a cómo abordar o desde que perspectiva indagar el objeto de estudio en cuestión y conlleva resaltar ciertos aspectos en

detrimento de otros. Así, en el caso específico de la Ciudad de Buenos Aires, creemos necesario complementar los enfoques a fin de intentar abordar lo mejor posible la complejidad y las particularidades de dicho espacio político y sus elencos gobernantes.

En este sentido, a modo de adelanto, podemos mencionar que un concepto sobre el cual el equipo de investigación está comenzando a trabajar es el de “cuadro político” el cual ha quedado fuera de la presente ponencia, por ser de reciente incorporación al debate teórico. A partir de las primeras aproximaciones que fuimos desarrollando respecto al trabajo empírico, se observa la gran influencia que aun hoy tienen los partidos políticos en la conformación de estos políticos profesionales, lo que lleva a preguntarnos por dicha conceptualización a fin de poder complejizar el abordaje del elenco gobernante mencionado. Esto es sumamente importante de destacar ya que la investigación en curso no consta de etapas rígidas y compartimentadas, sino que se establece un constante dialogo entre el abordaje teórico y la indagación empírica del elenco político en cuestión.

### **Bibliografía**

Bourdieu, Pierre, 1997, La ilusión bibliográfica en Razones prácticas sobre la teoría de la acción. Editorial Anagrama S.A., Barcelona.

De Imaz, José Luis, 1969, Los que mandan, Eudeba, Buenos Aires.

Ferrari, Marcela, 2010 "Prosopografía e historia política. Algunas aproximaciones", Revista Antiteses, Londrina, Brasil.

Landau, Matías, 2010 “Socio-historia de la cuestión del gobierno de la ciudad: Buenos Aires, de la federalización a la autonomía (1880-1996)”, Tesis de Doctorado, EHESS-UBA.

Landau, Matías, 2011, “Élites, instituciones y espacio urbano 1880-1917” Revista Ciudades Nro 92, México.

Landau, Matías, 2012a, “De la ciudad civil a la ciudad social: concepciones de gobierno en Buenos Aires (1880-1955)”, en Revista Nuevo Mundo/Mundos Nuevos, Francia. Accesible en <http://nuevomundo.revues.org/63230>

Landau, Matías, 2012b, “La profesión política en Buenos Aires. Apuntes para el estudio de los perfiles y trayectorias de los concejales y diputados de la ciudad (1983-2011)”, ponencia presentada en IV Jornadas de Estudios Políticos de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

Luna, Matilde e Hidalgo Ramirez, Antonieta, 2000, “Elites” en Baca Olamendi et al (Comps.), Léxico de la política, Flacso-México, México D. F.

Mellado, Virginia, 2009, “Notas historiográficas sobre los estudios de elites en la Argentina. Política, sociedad y economía en el siglo XX”, en Estudios de filosofía práctica e historia de las ideas, Mendoza.

Michels, Robert, 2008, Los partidos políticos II. Un estudio sociológico sobre las tendencias oligárquicas de la democracia moderna, Amorrortu, Buenos Aires.

Mills, C. Wright, 1957, La elite del poder, FCE, Buenos Aires.

Offerle, Michel, 2011, “Los oficios, la profesión y la vocación de la política” PolHis N°7, Mar del Plata.

Serna, Miguel. 2005. Las vías hacia el poder político: bases sociales y carreras políticas de los parlamentarios uruguayos. In: MAZZEI, H. (org.). El Uruguay desde la Sociología IV. Montevideo: UDELAR.

Stone, Lawrence, 1971, "Prosopography", en Daedalus, Vol. 100, No. 1, Historical Studies Today.

Uriarte, Eduardo, 1997, "El analisis de las elites politicas en las democracias", revista de estudios políticos "Nueva época" N°97, julio-septiembre 1997.

Weber, Max, 2007, “La política como profesión”, en Ciencia y política, Editorial Altamira, Buenos Aires.

Yannuzzi, María de los Ángeles, 1993 Intelectuales, masas y elites. Una introducción a Mosca, Pareto y Michels, UNR Editora, Rosario.